

El Canto de los Delfines



Numero 4, 2018

Una voz que reconoce: "el sacrificio del amor"

Blanca A. Pérez Medina

A veces me pregunto lo diferente que hubiese sido mi vida. Cuando dudo de mis capacidades, mi mente se vuelve un remolino de pensamientos, ideas, preocupaciones y emociones. Con apenas 20 años, cuento con muchas experiencias y recuerdos que me han ayudado a crecer y ver el mundo de diferentes perspectivas. A toda hora, pienso, dudo, pregunto, creo, o no, lo cual causa una lucha entre lo malo, lo bueno, lo correcto, lo incorrecto y todo lo demás.

Continuamente estoy atrapada en un círculo de preguntas sin respuestas. ¿Qué propósito tengo en la vida? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué quiero? ¿Por qué no dejo de pensar y sigo adelante? ¿Por qué me levanto sin motivación alguna? ¿Por qué no creo en mí ni en mis sueños? ¿Por qué? Estas preguntas me vacían completamente, sin dirección ni propósito, perdida y sola. Mi voz grita, pide y quiere ayuda, pero no encuentra la respuesta. Cuando grito, se oye el silencio. Tanto pensamiento, sentimiento, idea, y acción que me impiden continuar.

Ni lo logrado es suficiente. Quiero ver lo bueno que miran en mí mis padres, hermanos, amigos, maestros o cualquier otra persona. Quiero aceptarme, triunfar, ser grande. No busco fama ni riqueza, lo único que deseo es cambiar el mundo: Ser alguien importante, inspirar y cambiar la vida de otros. Y cuando sea tiempo de partir y estar con Dios, sentirme orgullosa de mi vida. Quiero dejar mi marca, ser valorada, ser yo.

Con estas palabras, todas mis experiencias y recuerdos me dan vueltas en la cabeza. Mi vida tomó un camino diferente cuando mis padres decidieron buscar el "sueño americano", con sacrificios y al costo de su propia vida. Al asumir su papel, mis padres olvidaron sus sueños para cumplir los míos y los de mis hermanos. Yo tenía solo tres años cuando mi padre salió en busca de esa oportunidad, sin



comprender el sacrificio sería su identidad. Emprendió un camino sin mirar atrás, ni saber si el “sueño americano” en verdad existía, sin saber el idioma, ni lo que le traería el destino: Él caminó.

Al llegar, su única meta era trabajar para brindarnos una vida mejor. Con solo 21 años, mi padre sacrificó toda su vida por su familia. Mi madre con todas sus fuerzas aceptó su partida y lo ayudó. Trabajaba y cuidaba de mí y de mi hermano. Con el esfuerzo de ambos, mi madre comenzó a construir una casa. Pasaron tres años y parecía que todo iba bien. La casa empezaba a tomar forma y solo faltaban algunos detalles para terminarla. Pero, mi madre decidió reencontrarse con mi padre, en parte, por mi hermano y yo. Un día como cualquier otro, me levanté, me arreglé, me despedí de ella y sin voltear atrás, junto a mi hermano, salí rumbo a la escuela.

Al regresar, subimos las escaleras pero solo encontré a mi abuelita. La verdad no recuerdo bien los detalles de aquel día, pues solo tenía seis años. Mi abuelita y toda la familia de mi mamá cuidaban de mi hermano y de mí, pero el amor de mis padres era único e incomparable. Aunque ausentes, se aseguraron de siempre recordarnos cuánto nos querían. Dos años pasaron cuando mis padres nos llamaron para avisarnos que muy pronto estaríamos juntos. Mi mayor deseo se volvería realidad, una realidad más difícil de lo que pensaba. Pronto llegó el verano, nuestras maletas hechas y la mujer que más quiero, lista para dejarme volar. Con el corazón abatido, ella sabía que era tiempo de dejarme ir. Mi abuelita, mi segunda madre, nos paró enfrente de las imágenes de la Virgen de Guadalupe y de Jesús y con el peso de las lágrimas nos dio su bendición. Desde ese instante nuestra vida tomó un nuevo camino rápidamente.

Sin saber nuestro destino, mi hermano y yo emprendimos el viaje que nos llevó a un mundo lleno de oportunidades y cambios inesperados. No ha sido nada fácil pero tampoco me ha faltado hogar, comida y mucho menos familia. Mis padres no encontraron riquezas pero sí han formado una vida llena de amor, felicidad, y paz. Después de tantas experiencias, buenas y malas, reflexiono en todo lo bueno que se me ha brindado y armo un rompecabezas lleno de vida y sentido. Aunque aún busco mi destino, comienzo a ver la vida de manera positiva. La decisión de mis padres no fue fácil y su sacrificio es de admirar. Por un momento, dejé de creer en el amor y en mí misma, y dejé de seguir adelante. Pero hoy sé que el amor existe y se refleja en mis padres. Hoy comprendo que si no creo en mí misma, nadie más lo hará, y si no sigo adelante, mi vida jamás tendrá sentido.

Hoy comienzo una etapa libre de prejuicios. Llegué aquí por mis padres y es mi meta demostrarles el valor de su sacrificio. Soy indocumentada, mexicana, morena, universitaria de primera generación, y diabética, un sinfin de palabras, pero hoy escojo ser yo misma. Aunque la sociedad quiera separarme de mi identidad y me diga que no puedo, yo desafío esa idea porque escojo sobresalir sin miedo alguno. La vida me pone miles de obstáculos y me tira. Me he sentido sin propósito. Pero, hoy dejo todo lo malo atrás y continúo forjando mi camino. Una decisión cambió mi vida. Toda decisión que tomamos cambia el curso de nuestro destino. El cambio es inevitable y nos sirve como guía para encontrar un propósito en la vida.

Sobre La Autora

Blanca Airám nació en México y llegó a EE.UU. a los 8 años de edad. Es indocumentada y recipiente de DACA. Este es su 2º año en CI y espera dejar su huella.

